

córte de Felipe II. Confesábale en ella que á pesar de haber morado siempre en Castilla la Vieja podian contarse sus amigos por los dedos de la mano, que es lo propio que si dijera que no pasaban de diez. Vivió sin embargo, en la estimacion de todas las gentes y fué siempre venerado su consejo tanto en su órden religiosa como en la famosa universidad á que asimismo pertenecia.

Oráculo fué siempre además muy respetado entre los mas renombrados escritores de su época como su grande amigo Arias Montano, Salinas, el Brocense y otros muchos de aquella generacion tan gloriosa para la literatura castellana.

JERÓNIMO MORAN.

(Se concluirá.)

## DENTRO DE UN PANTEON.

En este lugar sombrío  
donde otros su muerte encuentran,  
vida y goces se concentran  
para tí, corazón mio!

Que donde otros ven morir  
sus mundanas ilusiones,  
ves tú los sublimes dones  
del Eterno, relucir.

El hombre su magestad  
siente que aquí se derrumba...  
¡Tu miras de cada tumba  
surgir la inmortalidad!

JOSÉ PLACIDO SANSON.

## JUAN EL AFORTUNADO.

(Cuento aleman.)

Juan habia servido á su maestro, que era un honrado menestral, durante siete años, al cabo de los cuales le dijo: «Maestro, el tiempo de mi contrata ha concluido: deseo volver á casa de mi madre; con que así podeis pagarme mis salarios cuando os parezca.

El menestral le respondió: «Con efecto, me has servido bien y lealmente, por lo tanto no has de quedar descontento de la paga.» Y le dió una barra de oro gruesa como la cabeza de Juan.

Este, lleno de gozo, saca su pañuelo del bolsillo, envuelve en él la barra y cargándola sobre su espalda al remate de un palo, pónese en camino, con direccion á la casa paterna. Caminando así, *pedibus* andando, como dice la frase familiar, tropezó de manos á boca con un caballero que se gallardeaba marchando al trote sobre un caballo vigoroso. ¡Ah, se dijo á sí propio Juan, pero en voz alta, qué buena cosa es viajar á caballo! Así, sentadito como en un sitial, sin que estropeen los piés los guijarros del camino, y sin ensuciárselos con los barriales, se anda, se anda que es una bendicion de Dios!

El caballero que le oyó, detúvose, diciéndole:

—¡Eh! buen Juan, ¿cómo vas á pié?

—No tan bien como vos á caballo: llevo á mis padres este grueso barrote; y aunque de oro, por mi santiguada, que pesa sobre mis espaldas cual si fuese de plomo.

—Cambiamos, pues, si es que quieres, replicó el caballero: yo te daré mi caballo y tú me entregas el barrote.

—Con mil amores, pero os advierto que vais á reventar con la carga.

Apeóse en seguida el caballero, y después de haberse apoderado del oro, ayuda á Juan á montar y le pone la brida en la mano dirigiéndole esta advertencia: Siempre que te se antoje caminar á prisa no tienes mas que abrir la boca y gritar: ¡hála, hála!

Tan luego como se vió á caballo Juan, no cabia dentro de sí de puro gozo. A poco rato entróle la comezon de andar mas aprisa, abrió desmesuradamente la boca y empezó á vocear ¡hála, hála! El caballo endereza de pronto ambas orejas y se lanza al galope rápido como el viento, y el pobre Juan antes de tener tiempo para prevenirse se vió arrojado en tierra, rodando hasta caer en una zanja que habia en las orillas del camino. El caballo hubiera continuado corriendo hasta Dios sabe dónde sino le hubiera detenido en su carrera un campesino que venia en sentido opuesto, conduciendo una vaca. Levantóse Juan como pudo, de un humor endemoniado, y dijo al campesino:

—Es una bonita diversion esta de andar á caballo, sobre todo cuando se cabalga sobre una maldita bestia como la que habeis detenido, que os echa á lo mejor por tierra con riesgo de haceros añicos la cabeza: libreme Dios de volverla á montar. ¡Qué diferente es vuestra vaca! anda uno tranquilamente detrás de ella, y después del paseo viene cada dia la leche, la manteca y los quesos. ¡Cuánto daría yo por poseer semejante cucaña!

—Pues bien, contestó el labriego, tomad la vaca y dadme el caballo.

Juan saltó de alegría con el cambio, que se efectuó desde luego.

El de la vaca saltó sobre el caballo y se alejó con rapidez.

El buen Juan echó por delante á su vaca tranquilamente, soñando con el gran negocio que acababa de hacer. Un pedazo de pan tan solo, decia, y no me hará falta nada mas, porque tendré manteca y queso con que entretenerle. Si tengo sed, ordeño mi vaca y me harto de exquisita leche. ¿Qué otra cosa puede un hombre desear?

En la primera venta que encontró hizo alto y consumió alegremente todas las provisiones que llevaba, empleando su último maravedí en un par de vasos de vino. Después, muy satisfecho, volvió á recoger su vaca y continuó su camino. Era la hora del medio dia y el calor sofocaba, y recibiendo sin defensa los ardorosos rayos del sol, el pobre Juan se encontró en una llanura de dos leguas de longitud. Con esto la sed empezó á afligirle de tal suerte, que se le pegaba la lengua al paladar y tenia las fauces secas. «Esto va de mala data, decia para sí el cuitado; pero ¡va! aquí tengo mi Providencia: me refrescaré con un cuenco de leche.

Y diciendo y haciendo, ata su vaca á un tronco seco que halló derribado en el camino, y á falta de mejor vasija, se preparó para hacer vaso de su sombrero. Prevision inútil: pues aunque apretó con ahinco una y otra teta de la vaca, no vió ni una sola gota de leche escurrirse por sus dedos. Para colmo de desventura, como apretaba obstinadamente cada vez con mas fuerza, el animal impaciente le disparó una coz tan fuerte sobre la cabeza que le tendió cuan largo era, quedando en tierra sin conocimiento.

En medio de tanto mal, tuvo la suerte de que acertara á pasar por allí un tablajero ó cortante que conducia un cerdo sobre un carretón, y que á la vista de aquel espectáculo se

apresuró á socorrer al caído, el cual, vuelto en sí, le refirió su triste aventura.

El carnicero le hizo beber un trago de vino, diciéndole:

—Arriba con ello, que esto os confortará: esa vaca no dará nunca leche, porque es ya muy vieja y no puede servir mas que para la carreta ó el matadero.

Oyendo lo cual, el infeliz Juan se mesaba los cabellos de desesperacion. «¿Qué es lo que oigo, prorumpió al fin, eso podrá ser muy bueno para el que la mate; pero no para mí que tengo horror á la carne de vaca: es poco gustosa y será además harto dura la de un animal tan viejo. ¡Si fuera un cerdo como ese que llevais! eso si que es bueno, sin contar en los embuchados.»

—No os afijais por tan poca cosa le contestó el otro; puesto que parece que os agrada no tengo inconveniente en cederos el cerdo en cambio de la vaca.

—Que Dios os lo pague, respondió Juan, apresurándose á efectuar el trueque; y el canicero, despues de haber bajado el cerdo del carretón puso en sus manos la cuerda que sujetaba al animal.

Juan continuó su viaje soñando con las ventajas que le iba á reportar este nuevo cambio, y si por acaso su imaginacion le representaba algunos inconvenientes no tardaba en desechárlas su buen ánimo.

Entretenido iba en estas cavilaciones cuando tropezó de manos á boca con un mozo que llevaba en sus brazos un hermoso ganso, blanco como la nieve. Diéronse ambos las buenas tardes y nuestro comunicativo Juan empezó á referir sus cuitas con los diversos cambios que habia hecho. Por su parte el mozo le dijo que llevaba aquel ganso para una comida de boda.

—Mira, mira decia cogiendo el ave por las alas, esto es lo que se llama cosa buena. Bien hayan los dos meses que se han empleado en cebarle, atiende á esta gordura: el quo muerda en esta carne tan tierna bien se puede asegurar que sentirá correr la manteca por ambos extremos de su boca.

—Sí, replicó Juan, tomándo el ave en la mano; tiene bastante peso, mas mi puerco no deja por eso de tener su valor; y entre un cerdo y un pato ya ves tú.

El mozo que tenia mas de socarrón y avisado que de lerdo, comenzó entonces á decir volviendo antes la cabeza á uno y otro lado, como por via de precaución:

—Es que hablando en plata, aquí entre nosotros, pudiera muy bien suceder que el negocio de tu cerdo no fuera bastante limpio. Porque has de saber, añadió en voz mas baja con aire de misterio, que en el último pueblecillo por donde he pasado se acababa precisamente de robar uno en el mismo corral de la casa del alcalde; y á decir verdad tengo mis recelos de que sea el mismo que tu llevas. Ha salido gente para registrar el campo y seria para tí no poca desgracia que te atrapasen con el cuerpo del delito y dieran con el tuyo en un calabozo.

—¡Desdichado de mí! respondió el pobre Juan, abriendo tanto ojo y comenzando á temblar de miedo. ¿Sabes lo que digo? añadió en seguida, que podemos hacer una cosa. Llévate el cochino y dame el ganso.

—Como tú quieras, replicó el mozo, aunque es mucho arriesgar; pero algo hemos de hacer unos por otros; y sobre todo no quisiera que por mi causa te aviniera nada malo.

Y soltando su anfibio y apoderándose de la cuerda condujo rápidamente al cerdo por un sendero de travesía mientras que Juan el afortunado, todavía receloso, continuó su camino con el pato debajo del brazo.

—Mas mirándolo bien, acabó por pensar el pobre cuitado, to-

avía salgo ganancioso con esta permuta: por de pronto un soberbio asado: despues con toda la gordura que escurrirá ya quedo provisto de grasa lo menos para tres meses. Pues no digo nada de este plumazon blanco y suave: he de hacer con él una almohada y por mi fé que dormiré bien sobre ella sin necesidad de que nadie me arrulle. ¡Qué alegre se vá á poner mi madre!

Embebecido en tan halagüeñas imaginaciones no sentia el cansancio de su viaje y así andando, andando, al cruzar por la última aldea antes de llegar á su casa, vió á un afilador de tijeras que hacia girar su rueda cantando de este modo:

Tijeras, cuchillos,  
vengan, que aquí yo  
todos los afilo  
á cuarto y á dos.  
Ande, pues, la rueda  
del afilador;  
ande, pues, la rueda  
mientras luce el sol.

Juan se paró á contemplarle con tanta boca abierta y acabó por decirle:

—Bien contento estais segun lo que veo: parece que corre el oficio.

—Sí respondió el otro: esto marcha que es una bendicion de Dios. Un afila-tijeras de mi calibre siempre tiene un duro de que disponer en el bolsillo. Pero tu parece que tampoco te encuentras desnudo. ¿Dónde has comprado ese pajarraco?

—No le he comprado, sino que le he trocado por un cerdo.

—¿Y el cerdo?

—Le cambié por una vaca.

—¿Y la vaca?

—Por un caballo.

—¿Y el caballo?

—Por una barra de oro, gruesa como mi cabeza.

—¿Y la barra?

—Era el pago de siete años de trabajo.

—Ya veo que estás predestinado para hacer gran negocio. Ahora no te falta mas que encontrar el medio de tener siempre la bolsa bien repleta.

—¿Y cómo se consigue eso? preguntó Juan con cierto interés.

—Hazte afilador como yo: no necesitas mas que una piedra de afilar: lo demás viene por sí solo. Yo tengo una, un poco resquebrajada por cierto, pero te la cambiaré por cualquier cosa, por el pato sin ir mas lejos: ¿te acomoda?

—Eso no se pregunta, respondió Juan: héteme aquí el hombre mas feliz de la tierra: ¡al diablo los cuidados mientras yo tenga la bolsa llena!

Y tomó la piedra de afilar con una mano mientras alargaba el ganso con la otra.

—Mira, le dijo el afilador entregándole un enorme guijarro que estaba á sus piés, te doy todavía una piedra excelente además de la muela; te podrá servir de martillo para enderezar tus clavos viejos. Llévala con cuidado.

Juan carga tambien con este pedrusco y echa á andar lleno de gozo, con los ojos brillantes de alegría.—Está visto que he nacido de pié, se decia el pobre. Todo cuanto deseo se me cumple, ni mas ni menos que si hubiera venido al mundo en domingo.

Entretanto, como estaba de pié derecho desde el amanecer, sus rodillas empezaban á flaquear y á apoderarse la fatiga de su cuerpo. Por otro lado, tambien le atormentaba el hambre, porque en su alegría por haber adquirido la vaca ha-

bia devorado de un golpe todas sus provisiones. Avanzaba, pues, penosamente deteniéndose á cada paso, porque además la piedra de afilar y el guijarro le abrumaban con su peso. Entonces se puso á pensar que seria mas dichoso no llevando nada. Con tales ideas pudo prolongar sus pasos hasta un hondo manantial cercano, donde quiso descansar y refrescarse bebiendo algunos tragos de agua. Para no hacerse daño al sentarse con aquellas piedras que llevaba consigo, las colocó cerca de él, al borde del manantial; mas luego al inclinarse para beber porque el agua estaba profunda, arrastró sin querer las dos piedras, que rodaron juntas hasta hundirse en el fondo.

En cuanto las vió desaparecer, empezó Juan á saltar de alegría, y con las lágrimas en los ojos dió mil gracias á Dios por haberle descargado de peso tan incómodo, sin que él hubiera puesto nada de su parte para tal resultado.

—«No hay bajo del sol, gritaba el pobre, mortal mas afortunado que yo.»

Y libre ya de fardos molestos, aligerado su corazon como sus piernas, continuó alegre su camino hasta su casa, donde fué recibido por su amorosa madre como todas las madres reciben á sus hijos.

(De los hermanos Grimm.)

### Esplicacion del grabado.

El edificio conocido en Zaragoza con el nombre de *casa de Comercio*, perteneciente á la distinguida familia de los Torrellas, cuyo grabado damos en el presente número, era de estilo entre gótico y plateresco de original y gentilísima estructura. ¡Lástima que el señor marqués de Ayerbe su propietario, y las corporaciones todas no hayan tratado de conservar esta joya que recordaba el antiguo poder de la grandeza aragonesa!

## LUDOLFO.

(Historieta, traducida por la señorita doña Elvira Cornellas.)

### I.

Caminando desde Rotterdam á Delft, ningun viajero puede menos de fijarse en un pueblecito llamado Overschie, que se encuentra entre aquellas dos ciudades. Overschie se levanta en la orilla de un canal: sus encantadoras casas edificadas con ladrillos encarnados, se reflejan en las cristalinas aguas que

bañan las alamedas de los muelles y traen á sus piés centenares de balandras provistas de sus bateleros en traje de gitanos y de hermosas bateleras con los piés desnudos y el rostro cubierto á medias con un velo encarnado. Por poco que las nieblas dejen de estender sus espesas brumas sobre Overschie y que el sol llegue á esparcir á traves de las nubes alguno de sus hermosos rayos de oro, el viajero se siente con deseos de detenerse en esta deliciosa villa, rodeada de gigantescos árboles y cercada por todos lados de prados inmensos que estienden hasta donde la vista alcanza sus verdes alfombras; cubiertas de ganado.

Allá por los primeros años del siglo XVII era ya aquella aldea el pueblo rico y hermoso que hoy admiramos todavia. Se componia de doscientas casas, levantadas cada una sobre una grada de piedra azul, con tres peldaños: la puerta de entrada esculpida; una manecita de cobre, bruñida como si fuese de oro para abrir esta puerta, dos ventanas en el cuarto bajo, tres en el único piso que sobre este contiene y una fachada puntiaguda cubierta con tejas encarnadas que ostentan la inscripcion de la fecha en bue fué construida, en caracteres gigantescos, formados con otras tejas de color oscuro.

La mayor y mejor de estas casas pertenecia al maestro de escuela de la parroquia, Juan Dejong, jóven honrado, enfermizo, de conducta ejemplar y á quien todo el mundo queria, por el interés que se tomaba en cumplir con sus deberes, y por los cuidados que prodigaba á los niños de la parroquia. Juangozaba además una decente posicion, gracias al patrimonio que habia heredado y á su espíritu de orden, con cuyo medio casi habia doblado el valor de su pequeña fortuna. A mas de uno de los ricos vecinos de Overschie, se les habia pasado por las mientes llegar á tener por yerno á Juan Dejong, y mas de una linda muchacha se habia esmerado en arreglarse del modo mas caprichoso las cintas de su cófia, con el fin de llamar la atencion del maestro de escuela. Pero Juan parecia no comprender las insinuaciones de los padres, ni las coqueterías de las jóvenes. Cuando le hablaban de casamiento, movia tristemente la cabeza y dejaba escapar un suspiro.

Llegó, por fin, un dia en que se supo en el pueblo que Juan estaba enamorado de una jóven que no poseia un solo maravedí, segun los ancianos, y cuya belleza además no pasaba de ser mediana, segun añadian las jóvenes. Maria Lievens no dejó de mostrarse esquiva, se resistió mucho tiempo antes

Llegó, por fin, un dia en que se supo en el pueblo que Juan estaba enamorado de una jóven que no poseia un solo maravedí, segun los ancianos, y cuya belleza además no pasaba de ser mediana, segun añadian las jóvenes. Maria Lievens no dejó de mostrarse esquiva, se resistió mucho tiempo antes



ZARAGOZA ANTIGUA. — CASA DE COMERCIO.